

Conversas con...

XESÚS ALONSO MONTERO

E

KLAUS BOCHMANN

Hexemonía lingüística e os donos da linguaxe

17 outubro de 2017

Klaus Bochmann

Klaus Bochmann (Dresde, 1939) é un sobranceiro romanista e sociolingüista alemán. Desde 1971 é profesor da Universidade de Leipzig, onde exerceu de 1978 a 1992 como titular de Lingua Romanesa, e de 1992 a 2004 como catedrático de lingüística francesa, francófona e italiana. As súas especialidades son a lingua romanese e o seu parente o idioma moldavo, e mais a sociolingüística das linguas romances, con atención ao estudo lingüístico dos textos políticos. Colaborou coa tradución ao alemán e a edición dos *Cadernos do cárcere* de Antonio Gramsci (10 vols.) e outros escritos deste autor e mais de de Pirandello, Pavese ou Calvino. Promoveu a tradución ao alemán das *Memorias dun neno labrego* de Xosé Neira Vilas, sobre a que escribiu un extenso estudo. Dedicou varios traballos ao galego, tanto referentes aos primeiros textos en prosa dos inicios do século XIX (“Valores e funcións pragmáticas dos primeiros textos en galego procedentes da Guerra de Independencia de España”, 1992), como á posición sociolingüística do noso idioma: “En torno al problema de la normalización del gallego contemporáneo” (1983), “Problemi della ‘normalizzazione della lingua gallega” (1985); “Le Galicien, une langue doublement polynomique” (1990); “À l’Est comme à l’Ouest, où les extrêmes – géographiques- se touchent: Galice et la Moldavie devant le problème de la langue”(2000).

Leva publicados 25 libros e perto de 200 artigos científicos en alemán, francés, italiano, romanés, e inglés, entre os cales:

Regional- und Nationalitätensprachen in Frankreich, Italien und Spanien. Leipzig 1989.
(*Idiomas rexionais e nacionais en Francia, Italia e España*).

Soziolinguistik der romanischen Sprachen. Leipzig, 1991.
(*Sociolingüística das linguas romances*).

Sprachliche Individuation in mehrsprachigen Regionen Osteuropas. Band 1: Republik Moldova. Band 2: Ukraine. Leipzig, 2007, 2009.

(*Individualización lingüística nas rexións multilingües de Europa do Este*. Volume 1: *República de Moldavia*. Volume 2: *Ucrania*).

Hegemonía lingüística y los dueños del lenguaje

Klaus Bochmann

El título de mi ponencia comprende dos conceptos que están ciertamente conectados entre sí y prometen un debate teórico, pero intendo de partir de algunas preguntas bastante concretas. La interrogante que es mi punto de partida es la siguiente:

Si estamos de acuerdo de que no son fuerzas inmanentes al sistema lingüístico, la presión sistémica u otros oscuros fenómenos los que modifican las lenguas, ¿a quienes deberíamos hacer entonces responsables de esto?

Podríamos también formularlo de forma más concreta refiriéndonos, es decir:

- si hablamos en una forma dada y no de otra manera, en el modo sociolectal actual y no de otro modo,
- si nos sometemos a una norma determinada,
- si usamos determinados conceptos,
- si nos atenemos a determinados rituales lingüísticos,

es porque partimos del hecho de que esto son formas socialmente condicionadas y socialmente prescritas.

Pero quién será la sociedad, ¿acaso está constituida por nosotros todos?

Este problema, teórico de por sí, no lo quisiéramos abarcar en esta oportunidad desde la teoría misma, sino que quisiéramos aproximarme al problema primeramente desde el **sentido común** (*common sense*) de acuerdo con el pensamiento de Gramsci, quien en sus Cuadernos de la Cárcel opinaba que todos los seres humanos son >filósofos< por el hecho de adoptar elementos de >filosofía espontánea<, en parte ya concretizados en expresiones lingüísticas y en parte los desarrollan ellos mismos por sus actitudes y su visión del mundo (Cuad. 11, §12). De este modo lo filosófico, es decir el aspecto gnoseológico (o cognitivo) así como lo teórico-social se expresa (cito a Gramsci):

“1. En la lengua misma que es un conjunto de determinadas nociones y conceptos y no sólo un conjunto de palabras gramaticales y sin contenido; 2. en el *sentido común* y en el *buen sentido* (*bon sens*); 3. en la religión popular, etcétera” (Cuad.11, § 11).

En la misma dirección Bertold Brecht, en quien encontramos mucho más filosofía de lo que se supone, escribe : «la filosofía debería ocuparse más con el habla de la gente que con el habla de los filósofos» (21,402), y como tercera autoridad permítaseme citar a Wittgenstein, quien dice en un aforismo de 1944, que el filósofo es uno que debe curarse de muchas enfermedades del juicio antes de poder acercarse a las nociones del **buen sentido** - esto en conexión con la orientación básica de la Ordinary Language School de Cambridge y Oxford, aquel corriente de la filosofía analítica que Wittgenstein fundó junto con otros, creyendo encontrar la solución para los planteamientos fundamentales

de la teoría del conocimiento en el análisis del lenguaje coloquial, apartándose así de la búsqueda de la estructura de una lengua ideal.

Sin querer fatigarles en demasía con el buen sentido y el sentido común, es decir las dos formas graduales de abstracción de las representaciones populares del mundo, considero de gran utilidad enfocar las expresiones coloquiales e idiomáticas que nos comunican algo sobre las relaciones sociales clasistas reflejadas a nivel lingüístico. En ellas se decanta la esencia de experiencias socio-comunicativas antiquísimas, por ejemplo, cuando se dice: que uno *lleva la palabra* o *la voz cantante*; que *dice la última palabra*; *corta la palabra* a otro, lo *deja callado* con frases hechas, lo *deja literalmente anonadado o amordazado*, no sólo en sentido figurado; la opinión difundida en las capas subalternas de *eso no lo podemos expresar como los de arriba*; o bien, sería mejor *cerrar el pico* o *callarse el hocico*. Es sólo una pequeña selección de expresiones a la cual Vds. pueden de cierto añadir mucho más. Pero se trata de vivencias cuyo contenido de verdad no deja de ser examinado en el terreno real por una población lejos de la teoría, es decir, de un proceso de reproducción de las relaciones sociales, políticas y culturales y de sus fundamentos materiales.

La conclusión es: la lengua es un instrumento social (Brecht: “las palabras son como herramientas, utensilios, instrumentos”), un arma siempre cargada, un instrumento de mando. *Tener el mando*, ser *manipulador de la opinión pública* y con esto desarrollar simultáneamente la lengua, lanzar eslóganes y tener en sus manos la interpretación y el significado de los conceptos relevantes política y socialmente, o seducir, entontecer, sugestionar y encarecer así como acallar a gritos son ejemplos que junto con otros nos recuerdan, sea como sea, las teorías románticas sobre el origen de los idiomas, según las cuales los hechiceros o chamanes habrían desempeñado el papel decisivo en el nacimiento de los idiomas.

Esto no tiene que ser la verdad, sin embargo nos señala que por lo visto ha sido siempre así que unos eran los dueños del lenguaje y los restantes no. Pese a esto se nos desea hacer saber, y muchos lingüistas no dejan de cooperar en esto, que el idioma es un bien común a todos.¹ A esta tesis se refiere Bourdieu hablando de la ilusión del comunismo lingüístico: “Lo que yo llamo ilusión del comunismo lingüístico es la ilusión de que todo el mundo participe en el idioma, tanto del sol como del agua; o dicho brevemente, que el idioma no es una rareza, que no es una fuente agotable. En realidad la participación es totalmente desigual y la competencia, vista desde un punto de vista teórico universal, está monopolizada por determinadas personas” (Bourdieu 1993: 50).

Este monopolio se ve con más claridad en la regulación del discurso, posiblemente el aspecto más importante y efectivo de la glotopolítica. Gracias al análisis de este campo de la actividad glotopolítica, excluida por tantas definiciones y/o concepciones de la política lingüística de uso corriente, se reconoce no sólo el mecanismo mediante el cual no cesa de renovarse la lengua sino que también las procedimientos con que se ocultan las relaciones políticas de predominio social que determinan esta parte del cambio lingüístico. Me permito dar por supuesto que en estos ámbitos reina acuerdo en que el

1 Esto se expresó por Stalin con claridad meridiana en su escrito *El marxismo y la lingüística*, enormemente elogiado y citado con frecuencia en los años cincuenta del siglo pasado. Sus opiniones respecto a la presunta neutralidad social de la lengua provocaron muy poca contra-argumentación pese al general distanciamiento posterior de la persona del autor.

vocabulario y todo el inventario de conceptos no son simplemente material de relleno, irrelevante desde el punto de vista de la teoría lingüística, focalizada sobre el sistema morfo-sintáctico y fonológico, no sólo son 'lexicón', sino que son un componente central de todo el corpus del idioma. Si aceptamos esto, la regulación del discurso adquiere una importancia central en las reflexiones sobre causas y mecanismos del cambio lingüístico.

El campo central de la regulación del discurso es naturalmente el discurso político, cuyo papel no se debe pasar por alto en la reproducción de las relaciones políticas y sociales. El 'poder de la palabra', la posibilidad de influenciar y de manipular la gente mediante la regulación de la acción discursiva 'desde arriba', es decir, en consonancia con los intereses de la clase dominante, no es sólo una metáfora, sino que se trata de una auténtica posición de poder, un posesionarse del idioma, y un poseer el idioma que fundamenta la hegemonía.

Esto no sólo se debe, pura y simplemente, a la ignorancia política de los dominados, sino que se debe también a su deficiente capacidad analítica y productiva. Bourdieu llama la atención sobre la no suficientemente desarrollada capacidad “de transformar la experiencia en discurso, del *ethos* no formulado en el *logos* constituido y constituyente, de la sensibilidad específica de clase, que puede resultar en la acomodación y conformación resignada con las condiciones dadas del orden social, en una concepción consciente, es decir, explícitamente formulada, de este orden” (Bourdieu 1978, 720). En esta brecha opera la regulación del discurso político: ella determina los temas que han de nombrarse y el lenguaje en que ha de suceder. “Esto resulta tanto más rico en consecuencias cuanto menos la 'demanda' de un discurso político (por lo menos en lo que concierne a las clases dominadas) no precede casi nunca a la 'oferta'. Aún no formulada, o formulada sólo rudimentariamente se reconoce aquella 'demanda' sólo cuando (por bien o por mal) se identifica con una opinión ofrecida” (ibid.).² Aquellos dominados que deseen concientizarse políticamente, es decir, los que deseen cogitar y conceptualizar su experiencia están constantemente en peligro “de caer en todo tipo de concepciones falaces favorecidas por el discurso dominante... Desacreditándolo, el lenguaje dominante destruye el discurso político espontáneo de los dominados, a quienes en adelante sólo les resta el silencio o el idioma prestado” (722).³

Por cierto que este fenómeno del lenguaje prestado ya no es meramente un problema lingüístico, tal como la capacidad de leer y escribir desde hace mucho tiempo ya no representa una condición previa para el alcance de los medios a cada uno de los individuos. Su ajuste en el interés del Estado se produce por los medios electrónicos accesibles a todos por no exigir un nivel educacional específico, a través de sus programas mayormente platas y uniformes. Ellos condicionan a sus auditores y televidentes con sus discursos de la publicidad, de entretenimiento, de la criminalidad, etc. que forman también el marco de las emisiones y noticias políticas, y les suministran

2 No por caso la regulación de la producción discursiva es equiparada a la producción capitalista de mercancías, basada casi completamente sobre la oferta sin tener en cuenta la demanda de lo que es verdaderamente necesario, al contrario creiendo necesidades artificiosas a través de la publicidad.

3 En este contexto el concepto de *comunidad lingüística* muestra su carácter discutible: por un lado sirve para describir los vínculos que unen todos los que hablan una misma lengua, un cuerpo nacional etc., pero en el mismo tiempo oculta las igualdades que hace resaltar Bourdieu. En realidad la comunidad lingüística o de lengua es un conjunto de comunidades comunicativas jerárquicamente organizado, reflejando bastante fielmente la estructura social.

un horizonte espiritual caracterizado por conceptos fijos aparentemente indiscutibles, y desde el cual la política sólo se considera como algo secundario. Las noticias sobre las guerras de las últimas décadas o sobre los actos de terrorismo pueden servir de ejemplo tanto para la regulación lingüística de la política incluso a nivel internacional como también para la entretejadura macabra entre política y entretenimientos. Y podemos observarlo actualmente respecto al fortalecerse de los movimientos neonazis o derechos radicales en Alemania: en vez de caracterizarlos por su esencia ideológica, se habla eufemísticamente de 'nacionalconservadores', sus secuaces 'electores de protesta' o 'ciudadanos preocupados', mientras en el mismo tiempo se fomenta el espectro de un 'extremismo de izquierdas'.

La regulación del lenguaje y del discurso, proceda de los medios privados o estatales, no sólo es sencillamente una realidad evidente sino que procede también con una tendencia fundamentalmente homogénea pese a sus diferencias superficiales. Si existe consenso en las opiniones políticas en aquellos que dirigen los diversos medios, las formulaciones lingüísticas tampoco difieren de modo apreciable sin que haya necesidad de recurrir a concertaciones explícitas. Mucho surge precisamente en la esfera política gracias a una coincidencia ideológica básica en determinados grupos directrices, como entre los neoconservadores o neoliberales – estos son ideológicamente homogéneos, razón por la cual da lo mismo quién es el primero en lanzar nuevos conceptos o eslóganes. Mucho se concuerda conjuntamente en las redacciones, consultorías, *think tanks*, así como en las directivas de los partidos y movimientos políticos, etc.

Todas las consideraciones anteriores me motivan a dedicarme al concepto de **hegemonía lingüística** que considero útil para la investigación sobre política lingüística. No se usa este concepto con demasiada frecuencia en la sociolingüística, quizás por proceder de las ciencias políticas, lo que podría explicar una cierta desconfianza o simple ignorancia del concepto por parte de muchos lingüistas.

Pese a esto creo que se merece su lugar como concepto analítico en la sociolingüística por señalar bastante inequívocamente a relaciones político-sociales subyacentes a fenómenos lingüísticos. Es precisamente esta virtud que se recomienda a utilizar este concepto al lado de **prestigio** que describe la superioridad de un idioma o una variedad frente a los demás.⁴ Se habla de *lenguas de prestigio*, de *variedades de prestigio*, lo que de por sí ya se refiere a una circunstancia social. *Hegemonía*, pero, remove el acento hacia las fuerzas sociales que frutan del prestigio lingüístico, como esperamos verlo aún.

En la filosofía, el concepto designa todo, desde la antigüedad griega, el dominio militar de una entidad política, de una ciudad o de un estado sobre otros, en lo cual, però, en la mayoría de los casos está implícito el elemento del consenso, de la subordinación más o menos voluntaria a los más poderosos. Este aspecto consensual va adquiriendo importancia a lo largo del tiempo hasta que Hegel finalmente interpreta la hegemonía

4 Resulta interesante constatar que fue precisamente la lingüística areal o neolingüística la que le concedió un lugar preminente al concepto de *prestigio*. El profesor de Gramsci en la universidad de Turín, el romanista Matteo Bartoli (cf. Bartoli 1925) fue el iniciador de esta corriente lingüística, lo que permite suponer que la teoría de la hegemonía de Gramsci fue influenciada por Bartoli en especial por referirse frecuentemente a Bartoli (Cf. Bochmann 1994).

como la dirección espiritual y moral en manos de actores sociales dentro de una sociedad.

Con este sentido, hegemonía se convierte en un concepto central en el movimiento obrero, en la Segunda Internacional - en la Social Democracia rusa en 1917 con Lenin y Plekhanov, y en Alemania con Rosa Luxemburg.

La interpretación más concreta y manejable la ofreció más recién Antonio Gramsci, quien entiende hegemonía tal cual la entiende Hegel, es decir, como *dirección moral e espiritual*, pero demarcándola claramente del concepto de *dominio*: mientras el dominio ocurre en lo que Gramsci llama la *sociedad política*, es decir, el estado con sus instrumentos de poder, la hegemonía ocurre en la *sociedad civil*. Sus portadores son los intelectuales en todas sus especialidades, quienes, de no ser opositores de los poderosos, son *intelectuales orgánicos*, actúan como comisarios de los poderosos sin necesariamente participar ellos mismos de los privilegios del poder.

Por lo visto estamos frente a nociones básicas de las ciencias políticas que sin embargo no se han aplicado más que una que otra vez en la sociolingüística pese a, como lo hemos mencionado, esto podría ser de gran utilidad. El primero en llamar la atención sobre esto fue Jean-Baptiste Marcellesi, quien habla con prudente limitación de las *capas lingüísticamente hegemónicas*, es decir de los actores sociales que ejercen la hegemonía en el campo de la lengua. Marcellesi define las capas lingüísticamente hegemónicas en la forma siguiente: “Por estas capas entendemos a aquellas cuya actividad lingüística se toma como modélica, a aquellas que se consideran centro gravitacional de la lengua y que son hegemónicas desde el punto de vista del lenguaje sin necesariamente ser dominantes desde el punto de vista del poder” (Marcellesi 1976: 92).

Debemos recordar que hegemonía en este caso aparece como característica de un grupo social que es su portador y no como característica de un idioma para lo cual es más adecuado el concepto de prestigio (*prestigio de una lengua, de una variedad*). Que ambas características vayan entrelazadas, que funcionen juntas, de tal forma que a veces resulte difícil separarlas, eso se da por aceptado. Podría meditarse así mismo si el prestigio de un idioma sería en general posible sin la existencia de un grupo de poder lingüísticamente hegemónico como portador, pero permítaseme no insistir ahora en eso. ¿Quiénes son las capas lingüísticamente hegemónicas, quiénes son los dueños del lenguaje? Una vez fueron los escritores, los sabios y eruditos, hoy en día son los que tienen responsabilidades en los medios, los que actúan en los *think-tanks* políticos, los líderes de los partidos políticos y las asociaciones económicas, una gran parte de los profesores universitarios, etc. etc. Que el latín haya seguido siendo un idioma de prestigio siglos después de hundirse el Imperio Romano debióse a los grupos lingüísticamente hegemónicos, a los escribientes y literatos de la Edad Media, a los eruditos del Renacimiento, etc., y se debió a las dificultades de llevar los idiomas nacionales en forma escrita a las esferas comunicacionales socialmente determinantes, a lo que se oponían a su vez los latinistas, temerosos de perder sus privilegios. Por lo tanto, es del todo posible que los grupos lingüísticamente hegemónicos se independicen con respecto del poder tanto más cuanto que sus portadores, los intelectuales, se consideran independientes siéndolo ciertamente en determinado sentido (estos pueden perseguir sus propios intereses entrando en conflicto con la clase dominante). La hegemonía está ligada directa o indirectamente con el dominio político, sin embargo, no

es idéntica con este, debido a lo cual este grupo (por ejemplo ciertos lingüistas de hoy) no siempre tiene clara conciencia de cuyos intereses está defendiendo.

Interesante es el fenómeno de la hegemonía lingüística también en las relaciones internacionales. Resulta instructivo plantearse las razones del prestigio del francés en Europa desde el siglo XVII al siglo XIX. En los países y sociedades de aquella época, la aristocracia, al usar el francés, podía sin lugar a dudas confirmar su supremacía, el idioma francés siendo un instrumento hegemónico complementario que, quizá nada por casualidad, comenzó a usarse justo en una época en que las fuerzas burguesas se preparaban para hacerse cargo de la dirección moral y espiritual en sus países. Desde el punto de vista externo, Francia ejerció su hegemonía política y diplomática en Europa desde la Guerra de los Treinta Años. Sería interesante – también desde este punto de vista - visualizar cómo habría que analizar teóricamente el prestigio extraordinario del inglés, cuándo y por qué adquiere relevancia, cuáles son los intereses hegemónicos subyacentes y quién se presta como portador de la hegemonía lingüística en los países que no son de habla inglesa. O bien, ¿por qué no se produjo este prestigio en relación con el ruso al este del río Elba?

La hegemonía presupone consenso, y esto no funciona cuando las personas que son objetos del proyecto hegemónico se oponen a este, e insisten en hablar, en actuar y pensar de otra manera. Esto sería un punto de partida para plantearse reflexiones sociolingüísticas, por ejemplo: ¿quiénes son los que desarrollan, dónde, cuándo, cómo y por qué, un discurso alternativo, que bloquea el discurso hegemónico? La gran mayoría se adapta al uso dictado por los círculos hegemónicos, por faltarle la educación, porque todos lo hacen así, porque es más cómodo y porque oponerse implica esfuerzos, dificultades y contrariedades. No hace mucho escuché la sentencia de que “la adaptación es el principio fundamental para resguardar su salud”. Trasladada en las relaciones sociolingüísticas, esta explica ciertas actitudes lingüístico-comunicativas de la gran mayoría. Pero, ¿es posible la libertad en el uso de la lengua, y si es posible, en qué grado? y ¿existirá la esclavitud lingüística de la que habla Benvenuto Terracini, 1962, en su obra de 1962, *Lingua libera e libertà linguistica*, (Einaudi, Torino), o se trata son de metáforas que no debemos tomar en forma literal?

Esto se puede ver desde distintos puntos de vista. Nombraremos sólo algunos: (1) La actitud frente a las normas (ortográficas y ortoépicas, gramaticales, léxicas, y las que estructuran el discurso) dentro del corpus lingüístico respectivo; (2) la actitud frente a los idiomas dominantes, extranjeros o no; (3) la actitud frente a contenidos conceptuales lingüísticamente fijados.

(1) La actitud frente a normas referentes al sistema lingüístico puede entenderse en las dimensiones del concepto de libertad hegeliano o marxista: podemos tratar de infringir tales normas, pero hay que tener presente que más allá de cierto límite se menoscaban los derechos de los demás al imponerles nuestras propias normas, o uno se excluye a sí mismo por el hecho de no ser entendido y por llamar la atención negativamente por su propia forma de hablar (¡lo observamos en el caso de hablantes de dialecto!). El científico que desea expresar ideas y conocimientos nuevos siempre queda bloqueado por los límites de la terminología convencional que con sus conotaciones trae implícita imprecisión conceptual o lleva a asociaciones no deseadas – en este caso hay que elegir entre la transformación metafórica del léxico convencional y la creación de términos

totalmente nuevos; en el peor de los casos ocurre lo que Gramsci llama *neolalia*, que ya nadie entiende y colinda con lo patológico. En cambio aceptamos de los poetas líricos el oscurantismo léxico, que, como se sabe, puede originar escuelas (el *trobar clus* de la lírica de los trovadores, el hermetismo italiano, etc.).

(2) Someterse o no al prestigio de un idioma superpuesto y dominante, estatal o extranjero, usar o no su propio idioma, es una cuestión de las normas sociales. Sabemos todos lo que significa usar o no la lengua del Estado en vez de la propia lengua marginalizada. El que tiene valentía de oponerse a la convención respecto al inglés (en el pasado fué el latín) como idioma científico (antes era el latín) corre peligro de no ser considerado y tiene que contar con ser excluido de la comunidad científica (casi decimos *community*), pero por otro lado puede salir ganando ya que su propio idioma le permite expresarse con mayor riqueza de matices, mientras que el idioma extranjero limita su pensamiento creativo – ¿no sería esto el caso de lo que entiende Terracini con respecto a la esclavitud lingüística (*schiavitú linguistica*)?

(3) El problema de la contradicción entre la libertad y la coacción o esclavitud lingüística es muy intrincado si consideramos cuáles son los contenidos (formas de pensar, ideologías, sistema de valores, reglas de conducta) que transportamos con el idioma, por ser esto de trascendental importancia para la orientación del individuo en la sociedad. Este es uno de los puntos que deja ver con claridad que no nos podemos dedicar a la lingüística en forma seria si no consideramos el análisis de los procesos lingüísticos también con la manera de ver que tienen los sociólogos, los psicosociólogos, los científicos de las ciencias culturales y de la politología.

¿De qué se trata? Se trata del reconocimiento del hecho de que toda expresión lingüística viene acuñada ideológicamente. En forma así tan categórica lo expresó por la primera vez el alumno de Bakhtin, Valentín N. Volóshinov, en su obra *Marxismo y filosofía del lenguaje*, aparecido en 1929 en Leningrado, la que fue sacada de los anaqueles de las bibliotecas soviéticas cierto día a comienzos de los años treinta después de ser arrestado su autor. Su obra no se conoció antes de los años setenta y esto gracias a su traducción a varios idiomas. En la traducción francesa de 1972 se dice que “todo lo que es ideológico es un signo. Sin signos no hay ideología”, y en otro lugar “ningun signo sin ideología” entendiéndose por signo lo complejo de la enunciación lingüística. Vološinov entiende ideología según la tradición marxista como sistema de las concepciones sociales (políticas, económicas, jurídicas, morales, científicas, artísticas, filosóficas, religiosas), es decir, no sólo construcciones ideáticas en relación con ordenes sociales ideales. De especial importancia le parece “la ideología de la vida corriente”: “existe una parte muy importante de la comunicación ideológica que no puede ser incluida en una esfera ideológica particular: se trata de la comunicación en el cuadro de la vida corriente. Este tipo de comunicación es extraordinariamente rico e importante. De una parte está ligada directamente a los procesos de producción y de otra parte se relaciona con esferas de diversas ideologías especializadas y formalizadas” (Vološinov 1972: 32). Es evidente que toda expresión lingüística ocurre dentro de un determinado contexto de relaciones sociales sin dejar de reflejarlas. Quisiera añadir un último punto: Vološinov subraya que

todo lo ideológico se presenta siempre como universal, natural, sin alternativa alguna porque lógicamente no se quieren revelar los intereses que están detrás de las ideas.⁵

Si la lingüística quiere tomar en serio este condicionamiento ideológico de todo lo hablado y escrito, toda análisis que quiera ir más allá de lo meramente formal tiene que ser crítica ideológica. Se comprende perfectamente por qué muchos le tienen miedo a esto. Incluso se podría suponer que la lingüística con muchos de sus representantes ha caído siempre en la trampa de fingir neutralidad social e ideológica de sus producciones cuando de tiempo en tiempo han vuelto, y lo siguen haciendo, a circunscribirse, eso sí con toda fuerza, únicamente a los instrumentos de lo que constituye la estructura de la lengua en sí, como si, por ejemplo, la historia del arte consistiera en analizar el sistema de los colores, lienzos y pinceles, así como las posibilidades de combinarse entre sí. Quizá esta ceguedad frente a lo ideológico en el lenguaje explique también por qué en muchas definiciones de la política lingüística o glotopolítica no deje de destacarse antes que nada lo técnico, lo políticamente neutral (en este sentido el concepto de *Language planning* no deja lugar a dudas).

Para la práctica lingüístico-comunicativa se suscita la interrogante siguiente:

¿cómo se pueden reconocer el lenguaje hegemónico y con esto simultáneamente las ideologías hegemónicas?

¿cómo se puede reconocer el complejo de intereses que le están detrás?

¿cómo se puede uno liberar de ellas?

Está claro que la crítica del lenguaje y la adquisición de libertad lingüística es o tiene que ser simultáneamente crítica ideológica postulando nociones ideológicas propias. Reconocer cuáles son los intereses transportados por el lenguaje, que diariamente nos asalta hasta hartarnos, y de ser posible, contraponer algo a ese idioma, no es ninguna liberación de la coerción político-social real a que nos vemos sometidos, no obstante es el primer paso en la esta dirección.

Bibliografía

Bochmann, Klaus, 1994, „Matteo Bartoli in der Geschichte der romanischen Sprachwissenschaft“, in: R. Baum et al. (eds.), *Lingua et Traditio. Geschichte der Sprachwissenschaft und der neueren Philologien*, pp. 359-366.

Bochmann, Klaus, 2013a, „Hégémonie langagière. Prestige et fonctions du français en Europe du XVII^e au XX^e siècle“, in: Georg Kremnitz et al. (eds.), *Histoire sociale des Langues de France*. Presses universitaires de Rennes, pp. 189-199.

Bochmann, Klaus, 2013b, „Verändern sich Sprachen?“ in: Klaus Bochmann und Anita Steube (eds.), *Sprache, Sprachvergleich, Sprachträger*. Abhandlungen der Sächsischen

5 Louis-Jean Calvet, en «Sous les pavés de Staline la plage de Freud?», en *Marxisme et Linguistique*, Payot 1977 destaca el parentesco de Volóšinov con Barthes (siendo que Barthes no lo puede haber conocido): in *Mythologies* Barthes pregunta por las razones ocultas y antecedentes de «el modo de producción social de los signos» ... «y cuando Volosinov afirma que la clase dominante se esfuerza de dar al signo ideológico un carácter eterno, por encima de las clases, volvemos a encontrar el tema barthiano de la oposición entre cultura y naturaleza, la idea de que la ideología para sobrevivir intenta enmascarar su carácter cultural (o histórico) bajo un natural fingido.»

Akademie der Wissenschaften zu Leipzig, Philologisch-historische Klasse, Band 82, Heft 5. S. Hirzel, Stuttgart/Leipzig, pp. 10-16.

Bourdieu, Pierre, 1993, *Satz und Gegensatz. Über die Verantwortung des Intellektuellen*. Fischer, Frankfurt/M.

Brecht, Bertold, „Über das Ding an sich“ in : *Große Gesamtausgabe*, vol. 21, p. 413.

Calvet, Louis-Jean, "Sous les pavés de Staline la plage de Freud?", in *Marxisme et Linguistique*, Presentation de Louis Jean Calvet. Paris, Payot 1977. pp. 7-40.

Marcellesi, Jean-Baptiste, "Norme et hégémonie linguistique", *Cahiers de linguistique sociale*, n° 1, 1976, pp. 88-95.

Terracini, Benvenuto, *Lingua libera e libertà linguistica*, Einaudi, Torino 1962.

Wittgenstein, Ludwig, 2001, *Philosophische Untersuchungen*, Frankfurt/M.